

RECENSIONES

CUENCA TORIBIO, José Manuel; MIRANDA GARCÍA, Soledad: *El poder y sus hombres. ¿Por quiénes hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998)*. Madrid, Actas, 1998. 895 ps. (15 x 24).

Bajo este título se recoge una concienzuda investigación ministerial de la España contemporánea, que cubre el largo tramo cronológico que va del establecimiento de la dinastía de los Borbones hasta la actualidad. Al margen de cualquier reflexión sobre el poder y sus elites, tal como señalan sus autores, esta obra sólo se ocupa de la plasmación de aquél en la máxima instancia del gobierno, "en lo que ha mucho llamamos *Ministerio*".

La polisemia de los vocablos poder y ministro nos lleva a recoger las acepciones aplicables al contexto político, en el sentido de que si Poder se entiende como suprema potestad del Estado, o dominio, imperio, facultad y jurisdicción que tiene uno para mandar o ejecutar una cosa, Ministro (l. *ministru*, servidor, criado) es la representación de ese Poder, la persona responsable de cada uno de los departamentos –Ministerios– en que se articula el poder ejecutivo. Pues bien, mientras que el primer concepto se muestra perdurable, el segundo se ha visto claramente sujeto a la mudanza durante las tres últimas centurias.

El advenimiento de la monarquía borbónica y la necesidad de dar respuesta a las demandas del nuevo protagonismo internacional hispano, llevó a introducir cambios en la estructura burocrática del Estado, mitigando la fuerza de los Consejos –de la nobleza asentada en ellos–, y fortaleciendo la figura del secretario de Estado y Despacho, aunque durante el Antiguo Régimen no pasará de ser un mero servidor de la realeza, con variable capacidad de iniciativa y autonomía. El triunfo del régimen liberal generó una inflexión en el rol del ministro (denominación establecida en 1851), al convertirlo en pieza básica del gobierno, sometido en teoría al poder legislativo, "pero al que la escasa cohesión de las fuerzas parlamentarias –incluidas, obvio es, las propias– dotó de una gran capacidad de movimientos e iniciativas". No obstante, esto no conllevó una modificación de su negativa imagen debido a la falta de unidad y disciplina de los partidos o a las frecuentes crisis políticas y sociales.



Con la Restauración se evidenció cierta modificación al reforzarse su vinculación y dependencia hacia la formación ideológica a la que representaba, asistiéndose a una politización ministerial determinada por la preponderancia de determinados profesionales, sobre todo juristas, mientras los sectores castrenses se resistían a romper sus vínculos con el poder. La Segunda República desalojó a los de siempre dando lugar a la incorporación a la elite del abogado político, cuya formación y oficio parecían hacerlo idóneo para el manejo de la maquinaria gubernamental. El franquismo produjo una profesionalización del oficio y de las funciones ministeriales, tal como se desprende de la extracción profesional de funcionarios y de altos cargos de la Administración y la burocracia, más los militares. Esta tendencia –salvo el último grupo– parece no perder demasiada fuerza con la democracia, pues "algunos menesteres del arraigado *pedigree* ministerial, vuelven por sus fueros, pero sin eclipsar ni orillar a los que, consciente o inconscientemente, aspiran a residenciar el poder ministerial en un nuevo territorio situado en una sociedad postindustrial".

La moralidad ministerial ha sido, con demasiada frecuencia, objeto de animadversión por parte de la opinión pública, que ha visto en estos *servidores del Estado* la representación de la apetencia por el Poder o de la decepción al comprobar los resultados de su gestión. Su cargo no les suele haber servido para enriquecerse, pero sí para acceder a posiciones de privilegio una vez abandonado el mismo. Quizás haya contribuido a ello la paraferalia que les acompaña y la tardanza en alcanzar un modelo profesionalizador que nos acerque a las democracias occidentales más avanzadas.

El libro aparece estructurado en dos partes bien diferenciadas. La primera, dividida en siete apartados –entre los que se entremezclan esclarecedoras tablas–, recoge una puntual exposición y análisis de las características y evolución de estas elites. De aquí se pueden extraer una serie de conclusiones que contribuyen a hacer más comprensible –o justificables– la evolución histórica de nuestro país, pues no cabe duda de que los dirigentes políticos condicionan el devenir de las sociedades que rigen, en tanto en cuanto de su valía depende la involución, el anquilosamiento o el progreso de las mismas.

La segunda parte (a partir de la pág. 305) es la prosopografía de 1.188 ministros, estructurada en cuadros sinópticos, rotulados con los siguientes ítems: Nombre, título nobiliario, nacimiento, óbito, adscripción social, ocupación paterna, educación primaria, secundaria y superior, titulación académica, profesión, carrera profesional, cursos político-administrativos, parlamentario, etapa y Ministerio. Más un índice onomástico referido a la sección primigenia.

Encomiable y magnífico el esfuerzo de documentación, de fuentes primarias y bibliográficas, llevado a cabo por los Profs. Cuenca y Miranda para la elaboración de la que podemos considerar como la biografía colectiva más notoria de la España contemporánea y una de las obras más precisas de su historiografía. Subrayemos, otrosí, el rigor metodológico y la justeza expositiva de su elaboración. Por último decir que, de su lectura, se infiere la apertura de nuevas vías para la elaboración de obras de similares peculiaridades; v. del

Ministerio de Asuntos Exteriores o la etiología de determinadas elites locales y provinciales.

Juana Martínez Mercader

SINOUÉ, Gilbert, *El último faraón. Mehmet Ali, el mercader que conquistó Egipto*. Traducción de M. Serrat Crespo, Ediciones B, Barcelona, 1998 (título original: *Le dernier pharaon*, Éditions Pigmalion/Gérard Watelet, Paris 1997), 508 páginas.

¿Quién es el hombre que consiguió expulsar de Egipto al invasor francés, a «ese general *Abunaparte* -como le han apodado los egipcios- que se ha atrevido a apoderarse de una provincia, propiedad del Imperio otomano»?

Mehmet Ali, de posible origen turco-albanés, de profesión mercader, enviado por el sultán otomano a luchar contra Bonaparte, es presentado en la obra de Gilbert Sinoué como el último faraón de Egipto, iniciador de una dinastía que no dejó de gobernar Egipto hasta el golpe de Estado de Gamal Abdel Nasser que derrocó al rey Faruk I en julio de 1952.

Mehmet Ali (Mohamed Ali) es para Sinoué un héroe de novela. Mira a Egipto desde el otro lado del Mediterráneo y sueña con establecerse en una tierra de la que apenas sabe nada, de la que no habla la lengua pero que le llama con fuerza y acaba adoptando en 1805. La llegada del guerrero a Egipto, narrada cinematográficamente en el capítulo cuarto del libro, es la de alguien que llega a El Cairo utilizando argucias, pactando con unos y otros y que sueña con hacer de la gran capital árabe el centro del mundo. El Cairo de principios del XIX es presentado como un villorrio al que la mala administración ha sumido en una crisis que se extiende irremediamente por las aguas del Nilo. El nuevo gobernante inicia un proceso de reformas, no del todo originales, magistralmente presentadas en los capítulos centrales del libro, que dan fuerza al «mayor capitalista del mundo» para desafiar al sultán y abordar la conquista de nuevos territorios, llegando incluso a La Meca.

Desde el capítulo 18 el libro se torna en novela de aventuras. El faraón extiende su poder desde Sudán hasta Siria, desde Libia al Golfo Pérsico, y se codea, apoyado en sus hijos, especialmente en Ibrahim, con los grandes de la época, de los que aprende y a los que asombra con sus tácticas y golpes de efecto. La relación con Francia y su mostrada admiración por Bonaparte y su herencia no serán obstáculo para los diplomáticos occidentales para golpear duramente al héroe que ve cómo su imperio se desmorona, dejándole sólo su querido Egipto.

Ibn Jaldún no perdona y la sucesión en vida de Mehmet Ali por el malogrado Ibrahim, que muere un año antes que su padre, será difícil. Sus descendientes -y la época que les tocó vivir- no estarán a la altura del último faraón, cuyo paso por tierras egipcias fue, sin duda, decisivo para la creación del Egipto moderno.

El libro, a medio camino entre el género histórico y la novela histórica, está aderezado de numerosos fragmentos de correspondencia entre los protagonistas, que agilizan su lectura y concluye con una serie de anexos -glosario y cronología incluidos- de utilidad. El autor,



que se confiesa «historiador neófito», consigue con su obra acercar tanto al lector profano como al conocedor a un personaje y su época y entretener a unos y otros con las andanzas de un héroe «de leyenda».

Ana I. Planet

CANO GARCÍA Juan Antonio, *El poder político en Valladolid durante la Restauración. La figura de César Silió*, Salamanca: Universidad de Valladolid, 1996. 182 pp., pról. de Pedro Carasa.

Castilla ha sido, como se sabe, el territorio que ha servido de principal referente en los análisis clásicos sobre el fenómeno del caciquismo para la etapa de la Restauración. Las tesis contrapuestas de historiadores como Tuñón de Lara o Varela Ortega tenían como trasfondo, evidente de forma más explícita en el caso de Varela, a la élite política castellana y su control y manipulación del sufragio en las zonas rurales del interior. Era lógico entonces que a partir de esa importancia central que le era atribuida a la élite castellana, en el sentido de frenar el proceso de modernización de los comportamientos políticos durante el periodo restaurador o de bloquear, debido a su componente marcadamente oligárquico y terrateniente, el establecimiento de una política económica más dinámica y abierta a la competencia exterior, acabara surgiendo una línea investigadora que escrutara minuciosamente a los componentes de dicha élite y verificara así lo que había de cierto en el perfil y en los comportamientos que ofrecían de ella los análisis clásicos sobre el poder político durante la Restauración.

Una línea investigadora que ha diseñado en sus objetivos básicos y en su metodología el Dr. Carasa Soto de la Universidad de Valladolid y que se ha materializado ya, por parte del equipo constituido a tal fin, en numerosos artículos, comunicaciones a congresos y, sobre todo, en una obra que ha sido muy bien acogida por los estudiosos, *Elites castellanas de la Restauración* (Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2 vols.) en base a su exhaustividad y al sesgo innovador de sus análisis sobre esta elite y sobre el funcionamiento y sentido del caciquismo. Ahora bien, esta vasta encuesta no agota en absoluto el campo de estudio y así cuestiones como la profundización en el conocimiento del caciquismo a través del microanálisis o en la identificación y esclarecimiento de los personajes clave en la política castellana a través de estudios biográficos (entre otros muchos aspectos que cabría explorar) constituyen nuevas líneas de trabajo que se están acometiendo. Es justamente en ese terreno biográfico, tan poco abordado hasta ahora por lo que se refiere a nuestros políticos castellanos (con un aparato conceptual y una metodología moderna, claro está), donde se sitúa el trabajo que vamos a reseñar, obra de Juan Antonio Cano García.

Su estudio se centra en la figura del político vallisoletano César Silió, persona prominente dentro del partido conservador (y con gran influencia como es lógico en la provincia), durante la segunda etapa de la Restauración, que se adscribió inequívocamente a Maura, for-



mando parte de su núcleo de incondicionales y que llegó a ocupar en dos ocasiones (1919 y 1921), la cartera ministerial de Instrucción Pública, dentro de gobiernos presididos por el político mallorquín en la fase de descomposición del sistema. Muy cultivado intelectualmente y con grandes aficiones por la historia, las inquietudes que le llevaron a los negocios públicos se inscriben dentro de la corriente regeneracionista, si bien él pronto se decantó por la vertiente conservadora, maurista de dicho movimiento, suscribiendo un diagnóstico de los problemas de la sociedad española de ribetes antiliberales, que postulaba el retorno a las raíces cristianas (en buena medida, para conjurar la "cuestión social" y frenar, mediante el sindicalismo confesional los avances del anarquismo y el socialismo) y la defensa encendida de la patria, por cuanto consideraba que se había difuminado el amor a la misma en beneficio de influencias extranjerizantes, favorecidas por la élite liberal del siglo XIX. Ambos aspectos estaban íntimamente ligados en su pensamiento por cuanto, como otros pensadores reaccionarios españoles, estimaba que nuestro país había sido grande cuando se había mantenido fiel a su supuesta esencia católica y habría decaído cuando, en función de esas influencias extranjeras se había dejado llevar por doctrinas anticristianas como el liberalismo o el socialismo. Esta visión marcada por el pensamiento tradicional, eclesiástico (entre sus influencias intelectuales estuvo la de Menéndez Pelayo), se puso de manifiesto en su etapa ministerial, lo que no quita para que algunos de sus proyectos de reforma, como el que pretendía dotar de autonomía a las Universidades sean susceptibles hoy de una valoración positiva.

Con posterioridad a la crisis de la Restauración, su evolución política adquirió un sesgo más acentuadamente conservador, fronterizo incluso con el fascismo, algo frecuente por otra parte entre los supervivientes de dicho sistema político, máxime si habían militado en el maurismo. Así formó parte de la Unión Patriótica en la Dictadura de Primo, algo lógico dado su fuerte sentido del orden y la valoración que, como otros mauristas, hacía de la autoridad y del liderazgo personal si bien no llegó a romper del todo con el parlamentarismo, colaboró en la fundación del partido monárquico Renovación Española durante el periodo republicano y expresó una adhesión temprana e inequívoca hacia la sublevación militar y el franquismo, si bien en ello pudo entrar, como advierte J.A. Cano, el duro trance por el que pasó al ser detenido por milicianos en Reinosa al iniciarse la Guerra. En éstos últimos años de su vida (murió en 1944), retomó su afición por la historia, publicando diversas obras en las que establecía fuertes concomitancias entre la Castilla bajomedieval y la España de su tiempo.

Pero desde mi punto de vista, lo más novedoso y trabajado de la obra de J.A. Cano quizá sea la inserción de la figura de Silió en el contexto de la ciudad de Valladolid y de su elite local, así como la concreción práctica centrada en nuestro personaje, de los mecanismos que posibilitaban el acceso a los más altos escalones del poder en la Restauración y el mantenimiento en esa situación encumbrada. Como bien conoce el autor (que ya ha tratado esta cuestión en otros trabajos suyos), Valladolid experimentó un impulso modernizador de cierta entidad con el cambio de siglo, plasmado en la mejora de ciertos servicios urbanos y en una nueva generación de industrias y de instituciones financieras, un impulso que estuvo capitaneado por un grupo de hombres de negocios en quienes la dimensión política va a ser un aspecto sobresaliente, un rasgo que ha sido observado, en un plano más general, por M.



González Portilla: el papel de Santiago Alba como mentor de la *Electra Popular Vallisoletana*, de los Alonso Pesquera o los Cuesta como promotores de la *Sociedad Industrial Castellana* resultan bien expresivos desde ese punto de vista tejiéndose, a partir de los servicios básicos que ofrecían –la electricidad y el abastecimiento de agua potable traída por el Canal del Duero–, una intrincada maraña de intereses, de pactos, de servidumbres por parte de las instituciones locales (en las que estaban situados hombres de confianza de los líderes políticos) que se pone bien de manifiesto en el texto. El personaje clave en esa doble esfera de lo público y de los intereses empresariales era el político liberal Santiago Alba, que llegó a mantener un control muy efectivo sobre el Ayuntamiento vallisoletano así como sobre el distrito electoral, si bien César Silió logró una posición destacada, erigiéndose en el jefe del conservadurismo local (heredero del legado gamacista y pesquerista), una posición que reforzó por medio de sus estrechos vínculos con Maura y gracias también al prestigio que le proporcionaron sus responsabilidades ministeriales, que le valieron el convertirse en un protector muy eficaz de los intereses locales y castellanos.

César Silió tenía a su favor importantes bazas para hacer esa carrera política: contaba con grandes medios económicos por cuanto su padre, Eloy, fue un importante industrial en el ramo de materiales de construcción (su empresa *La Cerámica*, fue uno de los exponentes de la modernización de la economía local en el periodo del cambio de siglo), actividad que el propio César continuó, compaginándola con su entrada en otras instituciones vallisoletanas como el *Banco Castellano*, el *Norte de Castilla*, así como en sociedades asentadas en Madrid como *El Aguila*, *Santillana de Electricidad* o *Papelera Española*, en todas las cuales se percibe un claro componente político (en este sentido, su formalización como sociedades anónimas facilitó el fortalecimiento de vínculos dentro de las familias políticas de la Restauración, en este caso, del maurismo, pero también la apertura a rivales como los albitas, un contacto que sería objeto de críticas por lo que se refiere a Silió), tuvo también a su favor una tupida red familiar en la que, a través del matrimonio, se concretó la conexión con otros influyentes miembros de la élite local, como F. Zarandona, M. Carballo, T. Gómez Díez, entre otros; se apoyó, de forma muy decisiva, en la prensa local, inicialmente en el *Norte de Castilla* del que fue propietario, junto con Santiago Alba, y director, y más tarde en otros como *La Libertad* o *Diario Regional*; mantuvo un vínculo estrecho con la Universidad, con el foro o con diversas instituciones locales de carácter cultural o benéfico, y como otros políticos de su tiempo inició su carrera en los bancos del Ayuntamiento y la Diputación Provincial para, desde allí, dar el salto posteriormente a la política nacional, siendo elegido repetidamente diputado por Valladolid entre 1903 y 1918 y, una vez más, en 1920, por Villalpando. Su nombramiento, en fin, como subsecretario de Instrucción Pública en el "gobierno largo" de Maura (1907- 1909), le permitió entrar en la élite madrileña, en tanto representante de la alta burguesía castellana.

Es de notar que el autor ha realizado un esfuerzo verdaderamente notable de búsqueda de todo tipo de fuentes –a falta de un archivo personal– que le permitieran reconstruir la trayectoria humana, empresarial, intelectual y política de César Silió (en este sentido cabría destacar por su interés en cuanto al esclarecimiento de las relaciones con el albismo o a las fricciones con otro dirigente conservador vallisoletano, B. de la Cuesta, la consulta de los



papeles de Antonio Maura), y que ha leído, nos atreveríamos a decir toda la bibliografía autorizada sobre la etapa de la Restauración que pudiera apoyar la elaboración de su estudio.

Rafael Serrano García

FURET, François: *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. F.C.E., Madrid, 1995. 584 pp.

La obra que reseñamos del profesor de la Universidad de Chicago, François Furet, se sitúa en el contexto histórico de la postguerra fría, espacio en el que tienen lugar los acontecimientos políticos más relevantes en la determinación del equilibrio de nuestro sistema mundo a partir del marco cronológico de la Primera Guerra Mundial y la crisis del 29. Furet se centra en la definición de uno de los acontecimientos conocidos como de gran notabilidad como es el nacimiento, crecimiento, desarrollo y expansión de la U.R.S.S. Furet resta importancia o disminuye el peso específico de la U.R.S.S. en el mundo, aunque no en su dinámica geopolítica. Concede una especial relevancia al proceso político estructural, expansión y desarrollo del movimiento obrero y tantos otros campos donde la mediación de una potencia "proletaria y opuesta a los principios del bloque antagónico" ha sido fundamental, todo ello bajo la óptica norteamericana de evolución cívica y moral, importada de su antigua metrópoli, que, paradigmáticamente, expresó Rudyard Kipling y sus contemporáneos y que ahora toma un importante auge en la remoralización de la corrompida sociedad norteamericana.

A pesar de la nacionalidad francesa de su autor, éste determina la perspectiva metodológica de su trabajo bajo la visión mesiánica norteamericana, siendo su objetivo básico demostrar que no existe otra posibilidad de convivencia política y social pacífica que la que representa el régimen democrático de los Estados Unidos de América.

El prefacio del libro demuestra el singular tono crítico del resto de la obra, utilizando una terminología un tanto despreciativa hacia la U.R.S.S.: compara al *Octubre Rojo* con el conato de golpe de estado que da A. Hitler en Munich, lo que expresa casi la *irreverencia* que siente Furet por el primero de los acontecimientos. En el capítulo primero nos refiere el odio antiburgués que planea sobre toda Europa representado en el rechazo al régimen liberal y traducido en unos nacionalismos exacerbados (que más tarde desembocarán en la Primera Guerra Mundial), en un nihilismo frustrado con el progreso occidental y en una radicalización de las ideologías contemporáneas en la época previa a la Guerra europea, de la que surge un nuevo marxismo con todas las atribuciones propias de esa crisis de la sociedad. Por tanto, con un radicalismo semejante al que más tarde acogerá Hitler, y que —según Furet— es el bolchevismo de Lenin, pasión revolucionaria al fin y al cabo, más que un nuevo propósito de sacar a la sociedad rusa de su miseria y esclavización del régimen zarista.

El capítulo segundo lo dedica Furet al análisis de los procesos que desarrollan los nacionalismos patrióticos que dan lugar al primer enfrentamiento de carácter mundial, proceso que justifica el rencor, cuando no odio, al pueblo judío, pueblo sin patria que usurpa



espacio nacional por toda Europa. Hace, por otro lado, examen de las convulsiones que subyacen en la mente de toda la sociedad europea y en todo el panorama político liberal, lo que dará lugar a una profunda crisis del sistema de legitimación política occidental unos años más tarde con la proliferación de regímenes autoritarios.

En un tercer capítulo estudia la Revolución de Octubre, apreciando que no hay tanto una ideología y unos intereses de clase que motivan al alzamiento revolucionario sino que es el desorden que existe por toda Rusia tras la caída del zar Nicolás II lo que orienta a tomar el poder a los bolcheviques. Igualmente encuentra cierto paralelismo entre la Revolución francesa y la rusa. Para Furet el alzamiento bolchevique será equiparable a la ascensión de Robespierre. Furet nos presenta en el capítulo cuarto a tres personajes con quienes pretende simbolizar a los hombres que han sido partícipes ideológicamente en la creación del Estado soviético: son los casos del *desencantado* Pierre Pascal, al que relaciona con la búsqueda de una interpretación racial y religiosa en la Revolución de Octubre; de Boris Suvarin, y su papel de víctima por la diferencia de criterios con las autoridades comunistas, y de Georg Lukács, un *encantado* del sovietismo.

En el capítulo quinto Furet nos introduce en la cristalización en la Unión Soviética de una dictadura autoritaria liderada por Lenin y su *politburó* que pone fin a la situación de desesperación en que vive la sociedad, y proseguida por su sucesor, Stalin, quien continuará con la política de severización del régimen hasta llegar a la política del socialismo en un solo país. En el siguiente capítulo, no podía ser menos, tal como se nos presenta el hilo conductor del libro, Furet equipara la dictadura que se impone en la U.R.S.S. con la que de inmediato sube al poder en la Italia de Víctor Manuel III y con la que más tarde matará a la República de Weimar: el fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler. Especialmente sabiendo que esta triada de dictaduras surgen por el mismo efecto que tiene la Primera Guerra Mundial de destrozarse los sarmientos de fraternidad liberal y democrática que mantenían los Estados, los cuales caen perdidos en la desesperación de una guerra devastadora que devuelve el odio entre Francia y Alemania, así como entre el resto de las naciones enfrentadas por los nacionalismos e imperialismos de preguerra.

Con el título de *Comunismo y Antifascismo*, en un séptimo capítulo Furet expone la nueva estrategia política que bajo los designios de Stalin maneja el Komintern en el nuevo entorno que se va dilucidando en el periodo de entreguerras, a medida que van cayendo regímenes liberales por causa de movimientos de corte fascista y nazi. Estos se extienden con gran profusión en todo el continente europeo, a excepción de Gran Bretaña y de Francia. Seguramente analiza la nueva política de formación de *frentes populares*, incluido el caso español. En un octavo capítulo —*la cultura antifascista*— Furet iguala al comunismo con el fascismo, puesto que para este autor surgen incluso de una misma corriente del pensamiento contemporáneo como es el nihilismo (Bataille) y tienen una simbología y una serie de manifestaciones y expresiones políticas casi idénticas como su forma de acallar la oposición, la manera de limitar el poder de todo dirigente secundario a favor del dictador, etc.

Los tres capítulos siguientes los dedica a la Segunda Guerra Mundial; al estalinismo, fase superior del comunismo, y al comunismo de la Guerra Fría, deteniéndose en la figura de Stalin, al que interpretará como aliado de Hitler, por su traición de la idea esgrimida por



todos los comunistas dirigidos por el Komintem: la del antifascismo, a través del tratado de no agresión mutua. Su victoria sobre el nazismo convierte a la U.R.S.S. en una potencia liberadora del fascismo, luego tanto o más democrática que las otras potencias aliadas, colonizando así las naciones de su ámbito en nombre de la libertad de los pueblos, si bien –afirma Furet– lo que hicieron realmente las tropas soviéticas fue invadir e imponer por la fuerza el mismo régimen estalinista con un férreo control del nuevo Kominform y los servicios de inteligencia soviéticos. Por otro lado nos detalla las consecuencias de cómo tras la victoria del Ejército Rojo sobre su adversario nazi y la consagración de Stalin como liberador de los pueblos oprimidos bajo el yugo fascista, se apodera de tales naciones y las somete (excepto a Yugoslavia). De esta manera, Furet nos comenta, bajo el ejemplo polaco, cómo se impone el nuevo régimen estalinista con eliminación de toda oposición o relegando a la indiferencia al gobierno en el exilio polaco del que hace caso omiso, e incluso deja que la resistencia polaca sea aplastada por las S.S., momentos antes de tomar Varsovia. Prosigue en el capítulo once con el análisis sobre la polarización en dos bandos de la Europa que sale de la guerra, explicando asimismo el proceso de apoyo y posterior desencanto de los comunistas norteamericanos, entre ellos principalmente Dwight McDonald (a pesar de la caza de brujas del senador McCarty), porque –como precisa Furet– los EE.UU. son el ejemplo más vivo del pluralismo y la libertad.

En el capítulo final desarrolla el autor el ascenso al poder de Stalin, resultado de un acuerdo tácito entre los sucesores potenciales con el fin de que no desemboque en violencia la competencia por la subida al poder, de forma que la manía persecutoria que sentía Stalin y las purgas realizadas dentro del politburó desaparecen, aunque no definitivamente, pues tendrán que seguir acudiendo al engaño y la coacción para mantener el orden establecido, tanto para la generalidad de la U.R.S.S. como para las repúblicas que se heredan con la muerte de su conquistador. Véase por ejemplo la crisis de la Primavera de Praga cuando los tanques rusos invaden la capital checoslovaca para evitar un régimen que, aun siendo socialista, pretendía ser autónomo de la Europa soviética. Con la caída de Stalin y de su mano rígida se darán contradicciones debidas a tal crítica que continúa en un régimen marcado por el estigma del cariz maquiavélicamente eficaz de la política de Dzhugasvily. De forma que ni siquiera el propio Kruchev es capaz de seguir adelante y es relegado en beneficio de su camarada Brezhnev.

En un rápido epílogo se hace un recuento de los beneficios obtenidos por las nuevas directrices de Kruchev y de cómo reacciona Occidente ante la condena de la obra de Boris Pasternak, *El Doctor Zhivago*, que es ejemplo de la dialéctica libertad-represión, ahora representa la nueva política que manda en la Europa soviética y que le conducirá al desmoronamiento, puesto que la dictadura represora –según Furet– de Lenin y de Stalin era la única manera de sacar adelante y engrandecer al régimen soviético. Cuestión aparte es que el mito de la Unión Soviética sucumbe ante los nuevos comunistas que son capaces de hacer su propia revolución sin estar sometidos en ninguna forma a la ortodoxia de la U.R.S.S., como Castro o Mao-Tse-Tung. Concluye la cronología de la U.R.S.S. con Gorbachov, explicando que la caída del régimen es por obra de un excesivo comunismo del último dirigente ruso comunista.



Nos sorprende que Furet iguale y confunda el espíritu bolchevique de Lenin y sus camaradas con el comunismo en un solo país de Stalin, o que reduzca la cuestión del comunismo a un resultado de la guerra. Asimismo que extrapole los estudios de determinados autores o hechos puntuales, sobre todo franceses, con la totalidad a la que se dirige la intención del autor (generalmente lo que Furet denomina la idea comunista), o que sostenga que los horrores a que da lugar la Guerra Europea propician el nacimiento del comunismo y el bolchevismo. Es fácilmente observable durante la lectura del trabajo de Furet por qué opciones, criterios, opiniones o corrientes ideológicas se decanta, convirtiéndose en una especie de mofa, por ejemplo, las referencias a Georg Lukács.

Diego Victoria Moreno

CUENCA TORIBIO, José Manuel: *La Francia actual: política y políticos*. Universidad de Córdoba, 1996. 173 pp. (24 x 17). [2ª ed. ampliada: Córdoba. Universidad, 1998. 238 pp].

Estamos ante un libro —más propiamente un volumen, según su autor— que representa un serio intento por hacer emerger un apartado casi denostado en nuestro país desde hace varias décadas, como es el de la crítica bibliográfica. Las causas quizás puedan localizarse en la decadencia universitaria y en el escaso espacio destinado al tema en las secciones críticas de revistas y periódicos. La especialidad adquiere ahora nuevos bríos de la mano de un historiador de oficio incuestionable, poseedor de una pluma firme, erudita y autorizada, el Prof. J.M. Cuenca Toribio.

Utilizando como hilo conductor la glosa de los títulos más notables de la politología y la literatura memoriográfica galas, nos ofrece un panorama de la Francia actual, a través del análisis y valoración de la política y de los protagonistas de la V República. Esta atención aparece más que justificada por el hecho de que estamos ante el país que más ha influido en todo tiempo en el nuestro: "tradicionalistas y conservadores, progresistas y radicales modelaron hasta fechas muy recientes gran parte de su doctrina y acción conforme al ejemplo galo". Por otra parte, a Cuenca le guía el claro propósito de aumentar los elementos comparativos entre dos sociedades históricamente unidas por numerosos vínculos.

El libro consta de treinta y cinco apartados intitolados, que se inician, como no podía ser de otra manera, con Charles De Gaulle. Personaje indefinible y enigmático, republicano de convicción y monárquico de emoción, escritor de raza, orador de inigualables registros y fuerza, cuya trayectoria estuvo marcada por lo castrense, y a quien Tricot considera como una personalidad superior en la Europa de su tiempo. A mediados de 1958 fue llamado a encabezar un ministerio con plenos poderes en plena crisis militar de Argelia. Su propuesta de nueva Constitución, adoptada en plebiscito en 28 de septiembre del mismo año, dio origen a la V República, de la que fue elegido presidente. Entre 1958 y 1960, Francia dio la independencia a quince de sus posesiones africanas, y en 1962 se la concedió a Argelia, cuestión a la que Debré y Tricot —en sus *Estreitiens...* (1993) y *Mémoires* (1994), respectivamen-



te- realizan significativas y esclarecedoras aportaciones.

Reelegido en 1965, De Gaulle pretendió restablecer la antigua grandeza y prestigio de Francia, haciendo de ella una "tercera fuerza" en el juego de la política internacional entre Oriente y Occidente. Consecuente con ello, convirtió a Francia en una potencia atómica, rompió prácticamente con la Alianza Atlántica y frenó el movimiento de integración política de Europa nacido en torno a la C.E.E. Ante los disturbios universitarios de mayo de 1968, seguidos de una huelga general, el presidente disolvió la Asamblea Nacional y convocó elecciones legislativas, en las que su partido obtuvo un resonante triunfo. La derrota en el referéndum de abril de 1969 sobre cuestiones administrativas, pero planteado como un plebiscito a su política personal, provocó su dimisión. La presidencia fue entonces asumida interinamente por Alain Poher.

Tras las elecciones de junio de 1969, George Pompidou tomó posesión de la presidencia de la República. Director general de la Banca Rothschild (1954) y del gabinete político de De Gaulle (1958-59), sustituyó a Michel Debré como primer ministro durante el periodo 1962-68. Francia halla en él a un presidente en quien se reconocía y con quien sintonizaba, dotado de "una personalidad en que la brillantez se hizo hábito y la complejidad se expresó a través de una sencillez cautivadora". Dotado de un pragmatismo de buena escuela, procuró adaptar su actuación a las verdaderas necesidades del Hexágono. Sin abandonar las metas de la etapa anterior, en esencial las relativas a las relaciones con las grandes potencias, destacan sus esfuerzos por lograr la renovación industrial y cultural del país, su sano y bien orientado europeísmo o su madrugadora visión de una economía más abierta y solidaria. Levantó el veto a la entrada de Gran Bretaña en la C.E.E. y sostuvo buenas relaciones con la URSS.

De nuevo Debré, desde su privilegiado observatorio, en otro volumen de *Entretiens...* (1996), enjuicia la presidencia pompidolista. La considera como una sucesión de baches y desorientaciones, dirigiéndole vehementes diatribas por su gestión financiera, judicial y educativa, y ello a pesar de su condición circunstancial de ministro de Defensa. Significativa es su presentación de la crisis del 68, donde confirma, en consonancia con Tricot, las causas de la ruptura Pompidou-De Gaulle: *el hombre del 18 de Junio* vio en él un inmoderado apetito de dominio que, a la postre, significó el fin del gaullismo en el poder. La muerte del presidente *normal* en 1974 hizo que otra vez Poher presidiera interinamente la República. Las nuevas elecciones dieron el triunfo a Valéry Giscard d'Estaing, sobre Mitterrand.

El septenado giscardiano, con Chirac y Barre como primeros ministros, destacó por su voluntad reformista (mayoría electoral a los dieciocho años, legalización del aborto), que contrastaba con una tensa situación económica y social (flotación del franco mientras crecía el número de parados, reestructuración de la siderurgia), que hicieron ineficaces la lucha contra la inflación y en favor del empleo. En marzo de 1979, con la entrada en vigor del Sistema monetario europeo, empleados y sindicatos firmaron un acuerdo sobre el subsidio de paro. En el plano exterior cabe reseñar su consolidación de la amistad franco-alemana y la reafirmación de la independencia de Francia frente a Estados Unidos, en tanto que en el Africa negra afianzó una política de prestigio y protección.

La lectura del primer volumen de *Memorias* de Giscard d'Estaing, "redactadas con una superficialidad trascendente", nos acerca a los recovecos del poder y evidencian el descar-



nado realismo que preside toda acción política. Por sus páginas pasan figuras nacionales e internacionales, sobre algunas de las cuales –como Helmut Smichdt, Reza Pahlevi o Leonid Brezhnev–, ofrece revelaciones inéditas. Por lo que nos atañe, resulta halagador el hecho de que nos considere a los españoles de la transición como ejemplo a seguir y a imitar por sus propios compatriotas, ante las asperezas emanadas a la hora de dirimir entre ideales políticos y modelos de sociedad.

Cuando en mayo de 1981 François Mitterrand arribó a la Presidencia lo hizo avalado por una larga experiencia política, que le había llevado a ser titular once veces de diversas carteras en la IV República. Bien pronto, la euforia por el triunfo del PS dio paso a la aplicación de una serie de reformas, que la nueva oposición combatió con viveza. Las nacionalizaciones en las industrias básicas y en el mundo financiero (G. de Rothschild, 1983) no resultaron ser la panacea añorada; el franco fue devaluado en tres ocasiones; se aplicaron métodos del liberalismo clásico en un intento de reducir la inflación, el paro y el déficit del comercio exterior; a lo que se añadió los efectos de la reconversión industrial y las negativas consecuencias para la agricultura con la entrada de España y Portugal en la C.E.E.

El apoyo popular a la izquierda se iba deteriorando, tal como se evidenció en las elecciones al Parlamento europeo de 1984. Al tiempo, Mitterrand se vio obligado a trazar nuevas rutas de acción con el fin de hacer frente al incremento de la violencia política: grupos musulmanes radicales, resistencia izquierdista a la OTAN, oposición a la colaboración franco-española para cercenar el santuario de ETA en el País Vasco francés, radicalización de las asociaciones ecologistas ante las pruebas nucleares en el Pacífico, etc. No obstante, en los comicios de 1986, a pesar del triunfo de la oposición conservadora, el presidente obtiene un insólito incremento de popularidad.

La *cohabitación*, con Chirac de primer ministro, la continuación de las privatizaciones o la intensificación de la lucha antiterrorista, no impedirá su apoteósica reelección en 1988, pues "el secreto último del personaje quizás descansa en la conciliación de antinomias, en el equilibrio de los extremos y en la posesión de un asombroso talento integrador", aspectos de un estadista a quien conocemos mejor –política y humanamente– gracias a los testimonios de su cuñado R. Gouze (1994) o de su esposa Danielle Mitterrand (1996). Digno de mención resulta el paralelismo que F.O. Giesbert (1991) establece entre felipismo y mitterrandismo, sostenible en aspectos tales como la coincidencia cronológica en la adopción de responsabilidades gubernativas, la duración de sus mandatos, la demostración del ansia de cambio de las colectividades o el objetivo de acabar con un casi maleficio histórico: las izquierdas, en democracia, pueden asumir responsabilidades.

Jacques Chirac, quinto presidente de la V República, cuyos muchos obstáculos para llegar al Eliseo "prueban que nos encontramos frente a un verdadero animal político en el estado más puro y genuino que cabe observarse", con quien la renovación gaullista alcanza la cuspide del poder en 1995 y el pueblo galo –y el español– afrontan el reto de la Europa del 2000.

Aquí cercenamos el contenido de un libro merecedor de un mayor espacio de presentación y capaz de múltiples lecturas de interpretación. Y lo hacemos manifestando nuestra aquiescencia con Cuenca al loar el dominio historiográfico de los franceses al haber creado,



recientemente, la disciplina de la biografía de personalidades destacadas de la vida pública, rama que discurre en un terreno fronterizo entre la ciencia histórica y el periodismo de investigación. Los cinco Presidentes, así como Fabius, Delors, Rocart, Barre, Balladur, Seguin, Juppe, etc. aparecen más cerca de sus conciudadanos gracias al crédito intelectual de los autores de sus semblanzas, al tiempo que esperamos su traducción al castellano. Mientras tanto concentrémonos en la lectura –y aprendizaje– de este modelo de crítica literaria.

Juana Martínez Mercader

LÓPEZ GARCÍA, Bernabé: *El Mundo Arabo-islámico contemporáneo. Una historia política*. Madrid. Síntesis, 1997, 351 pp.

El Mundo Arabo-islámico contemporáneo. Una historia política es un manual universitario. No abunda este tipo de escrito entre las publicaciones de los arabistas españoles –aunque no suela ser menos frecuente su queja por el excesivo recurso de los editores a traducciones de lo que se produce en Francia o en el ámbito anglosajón–. Esta obra cubre además una carencia casi endémica del arabismo español: la exposición didáctica de la historia contemporánea del mundo árabe. Es por ello, de manera casi obligada, una obra menos analítica que descriptiva, de denso contenido expositivo y abundantísimo apoyo gráfico, y que tiene por núcleo el devenir de la configuración estatal árabe en los dos últimos siglos.

Esta historia política presenta una articulación cronológica: toma como punto de partida la hegemonía otomana (capítulo 1) y considera el declive de tal hegemonía como matriz explicativa de la turbulenta historia colonial del Mundo Árabe (capítulos 2 y 3). La exposición responde a un criterio de distribución espacial que, aunque discutible por las implicaciones ideológicas que subyacen, resulta válido para los objetivos didácticos que el libro persigue. Bernabé López García reconoce y describe dos grandes espacios geopolíticos: el Medio Oriente, según él lo denomina (capítulos 4 y 6) y el Magreb (capítulos 5 y 7). Se trata de territorios diacrónicamente dispares, habida cuenta de que la cuestión de la configuración estatal –parámetro dominante en la teoría política occidental pero no en la árabe– es el eje vertebrador de esta historia política contemporánea: en Oriente, la creación de la Liga Árabe en 1945 da carta de naturaleza institucional a la *utopía unionista*, con la que la obra cierra el periodo de disección del extinto Imperio Otomano en Estados-nación (capítulo 4, pp.103-155), y da paso a una nueva etapa revolucionaria panarabista abocada a la derrota (capítulo 6, pp.201-232); en el Magreb, su historia colonial (capítulo 5, pp.157-200) determina un calendario de acceso a las independencias que Bernabé López García sitúa en torno a 1956 (capítulo 6, pp.233-261).

A partir de la Guerra de Octubre de 1973 y de la Marcha Verde, esta historia expuesta bifrontalmente confluye en el capítulo 8: "El Mundo Árabe actual (1973-1996)". Los epígrafes de cada apartado –liberalismo (pp. 267-280), petróleo (pp. 280-294) y movimiento islamista (pp. 294-303)– encaminan esta historia, ya no estrictamente política y sí más eco-



nómica y social, y también por ello más pertinente, a sus acontecimientos más cercanos (Guerra del Golfo, Guerra Civil Argelina y Acuerdos de Oslo) que están dibujando una nueva historia geopolítica para la zona.

Como obra que opera más por congregación de datos que por su análisis, por el relato de acontecimientos que por su glosa o disección, por la sobreabundancia de interpretaciones ajenas que por la asunción activa de una reflexión propia, *El Mundo Árabo-islámico contemporáneo. Una Historia política* adolece de los lastres de un manual que imperiosamente ha de enfrentarse a un material de arduo abarcamiento. Tampoco las limitaciones espaciales de la colección "Historia Universal" de la editorial Síntesis, en el seno de la cual se publica la obra, hubieran permitido una más exhaustiva indagación.

La amplia y actualizada bibliografía en español, inglés y francés cumple con el objetivo de difusión universitaria que se halla en los orígenes de un manual como éste, quizás a la espera de que algún día la universidad española pueda acceder a las fuentes árabes de la historia árabe. Además, constituye una necesaria referencia para el continuo recurso de Bernabé López García a las reflexiones y análisis de la bibliografía existente.

El libro contiene abundantes tablas, mapas y gráficos, así como un atractivo –aunque breve– apéndice documental, para el que Bernabé López García ha seleccionado nueve textos: desde la proclamación de Bonaparte a su llegada a Alejandría y algunos extractos del Pacto Fundamental Tunecino de 1857, a los acuerdos de Washington entre Israel y la OLP o el tratamiento del Marruecos colonial en la prensa española. Es evidente que las dimensiones de la obra han impedido una recopilación mayor de documentos, que bien nos habría gustado. Fundamental es el glosario final de términos árabes (pp.335-338), que pone de relevancia tanto el interés del autor por facilitar la comprensión de la historia del Mundo Árabe contemporáneo al lector no versado en la lengua y cultura árabes, como la necesidad de aprehender el carácter específico de esa historia.

Por el contrario, se echa en falta, como en todos los volúmenes de esta colección, un índice analítico que facilite la búsqueda puntual, la cual, dado lo prolijo de la obra, resulta dificultosa en las actuales condiciones.

Luz Gómez García

SAHINLER, Menter, *Origen, influencia y actualidad del kemalismo*. Edición de Ana García Jiménez con presentación de Antonio Elorza. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Colección «encuentros», n° 1. Madrid. Guadarrama. 1998 (título original: *Origine, influence et actualité du kèmalisme*, Publisud, París 1995), 317 páginas.

El recurso a la biografía de personajes célebres como vía de aproximación y análisis de un determinado momento histórico ha sido y es frecuente entre historiadores, sirviendo como ejemplo en lo que a la historia contemporánea de España se refiere los trabajos que sobre la figura de Franco y el franquismo viene realizando el historiador británico Paul Preston.

En la obra que nos ocupa, cuya acertada selección se debe a los editores del Oriente y

del Mediterráneo, que inauguran con Sahinler su colección «encuentros», la biografía de Mustafá Kemal Atatürk es utilizada para explicarnos casi un siglo de historia de una región vital para comprender la historia contemporánea de la Europa oriental y el Mediterráneo en su conjunto, además de para analizar una de las ideologías más originales que ha producido el oriente europeo, el kemalismo.

El trabajo de Sahinler, ferviente kemalista a tenor de lo expuesto en su estudio, aparece estructurado en tres bloques, precedidos de una interesante introducción a cargo del autor. El libro se inicia con un breve repaso de la historia del imperio otomano y su declive, puesta en relación con el desarrollo de la política de Frentes y Alianzas en Europa y su expansión colonial. La primera parte del libro se consagra a presentar la figura de Mustafá Kemal Atatürk, joven militar destinado lejos de los centros oficiales de poder y uno de los líderes del movimiento de resistencia a la ocupación extranjera, contrario a la propuesta de partición del imperio pactada entre las potencias occidentales y la administración otomana. M. Kemal, tal y como Sahinler presenta en el primer capítulo de su obra, iba más allá en sus propósitos que el resto de militares implicados en la resistencia. Mientras sus compañeros de la Revolución de Anatolia reunidos en el Congreso de Erzurum en julio de 1919 querían simplemente expulsar a los extranjeros, M. Kemal tenía miras más altas y su objetivo final era la creación de una República, «lo que implicaba la abolición del califato y la puesta en marcha de un vasto programa de reformas» (p. 48).

El kemalismo es presentado en toda su complejidad, es decir, en sus fundamentos teóricos y en su desarrollo práctico, tanto en vida de Atatürk como tras su desaparición en 1938 y, aún más, como inspirador de otras experiencias en su entorno más próximo (mundo árabe, especialmente Túnez, Egipto e Iraq, Afganistán e Irán) y como elemento vertebrador de lo que ha sucedido en Turquía desde entonces, tanto de los movimientos reaccionarios que siguieron al fin del gobierno de Atatürk como de las experiencias de retorno al kemalismo que, según el autor, podemos rastrear fácilmente aún hoy en día.

El populismo igualitarista que instaurara el fundador de la República de Turquía se basó en dos grandes reformas, la primera de las cuales –la agraria– no llegó a completarse. La segunda es una reforma cultural que facilitó la expansión de la educación y la búsqueda de una nueva lengua turca, distinta de la lengua imperial «otomana», muy ligada al árabe y a otras lenguas. Junto a este populismo y teniéndolo como base se organiza un nuevo modelo de Estado, laico, con un nacionalismo fuerte que concibe la nación turca como la formada por «aquellos educados en la cultura turca y que se expresan en turco, no importa dónde estén» y que justifica el intervencionismo estatal para conseguir la independencia y como fuente de modernización, democracia y justicia social. En la Constitución de 1924 el kemalismo inspira una república gobernada por una Gran Asamblea en la que el presidente concentra un buen número de poderes y en la que el pueblo se expresa a través de un partido único, el Partido Republicano del Pueblo, que el especialista en sistemas políticos M. Duverger calificó de «dictadura republicana». El régimen tuvo desde el principio fuertes detractores entre los que Sahinler destaca a los jeques kurdos, que se opusieron tanto a la abolición del califato y laicización del Estado como a la reforma agraria que pretendía acabar con el feudalismo.



El kemalismo como ideología y forma de gobierno no murió con M. Kemal. Nombrado Jefe Eterno de la República turca, sus sucesores se han debatido entre seguir aplicando sus reformas e ideas o ensayar nuevas formas de gobierno. Tras la intervención del ejército en 1960 después de dos décadas de continuo conflicto y la relativa normalización de la vida política en las diferentes elecciones Turquía sigue, según el autor, fuertemente inspirada en los principios kemalistas con los que relaciona, incluso, a los partidos islamistas nacidos en el proceso de apertura política que se inició en 1974. Evidentemente, Mustafá Kemal Atatürk sentó las bases de la República de Turquía y su espíritu crítico y reformista ha perdurado hasta la actualidad.

La obra concluye con una visión excesivamente rápida y tendenciosa de las principales críticas que se han hecho a la ideología kemalista y con un análisis de las posibilidades del kemalismo en el futuro más próximo. En estas páginas Sahinler abandona su postura de historiador y se lanza a una defensa del kemalismo, que reduce en la actualidad, por otra parte, a poco más que un laicismo militante, y llama la atención de Europa, interpretando la demanda de asociación de Turquía a la Comunidad Económica Europea «como un esfuerzo de occidentalización de los kemalistas» (p.300). ¿Paradójico destino el del kemalismo o excesivo apasionamiento el del autor?. Todo ello no impide considerar el libro como un buen compendio de historia de la Turquía contemporánea, de amena lectura, y su análisis del kemalismo una atractiva presentación de esta ideología.

Ana I. Planet

PLANET CONTRERAS, Ana I. *Melilla y Ceuta. Espacios-frontera hispano-marroquíes.* Prólogo de Ramón Cotarelo. Ed. Ciudad Autónoma de Melilla - Ciudad Autónoma de Ceuta - UNED-Melilla. Melilla. 1998, 279 pp., 24x17 cms.

La celebración del 5º Centenario de la conquista castellana de Melilla, en 1497, ha sido la ocasión de editar numerosos libros, ya sea de literatura local de autores melillenses o de historia de la ciudad de Melilla. En esa amplia bibliografía se va a situar con un valor especial el estudio sociológico inteligente y equilibrado, en profundidad, que dedica a Ceuta y Melilla, especialmente a Melilla, la Dra. Ana Planet. Es una versión de su tesis doctoral, de agradable lectura. Es obra de socióloga y arabista [posee ambos títulos académicos de licenciada en Sociología y en Filología Árabe], que conoce el mundo árabe donde están inmersas esas dos ciudades y tiene interés en dar a conocer la vertiente marroquí, árabe y musulmana, de esas ciudades, políticamente españolas. Es, sobre todo, un libro que estudia los elementos más importantes de las evoluciones de esas ciudades en estos últimos años, desde la Ley de Extranjería («Ley de derechos y deberes de los extranjeros en España») de 1985 a las elecciones de 1996.

Tras las presentaciones del libro (de R. Cotarelo y de la propia A. Planet), una primera parte presenta los datos sociológicos fundamentales de las dos ciudades: «Dinámica



poblacional», «Desarrollo económico en un espacio limitado» y «Las relaciones con el retro-país marroquí».

Una segunda parte («Hacia la construcción de dos ciudades nuevas») analiza el proceso de introducción de la población de origen marroquí en la vida política de las dos ciudades: asociaciones de musulmanes, adquisición de ciudadanía española, acciones de los gobiernos español y marroquí, «Ley de Extranjería» y «Acuerdo de Cooperación del Estado Español con la comisión Islámica de España», capítulo éste imprescindible para comprender el alcance limitado y las consecuencias del Real Decreto de 1992.

La autora muestra aquí, muy bien, por qué este período es fundamental (en el sentido de que es el fundamento del futuro) para la historia de Melilla y de Ceuta: su población musulmana, de origen marroquí, «ha iniciado un proceso de definición identitaria y de articulación a través del movimiento asociativo y de la participación en la esfera política», proceso original, que conjuga la vertiente «española» con la «marroquí».

La tercera parte («Juego político y comportamiento electoral en Ceuta y Melilla») analiza diversos parámetros de evolución de la población melillense y ceutí, especialmente de la musulmana, desde 1977 a 1996.

Las conclusiones se limitan a resumir el pasado. No prejuzgan del porvenir. Pero éste no puede ni comprenderse ni prepararse sin conocer los antecedentes de este último cuarto del siglo XX. Es evidente que los futuros cambios políticos en Melilla y Ceuta van a depender de factores internacionales quizás ajenos a esas dos ciudades. Pero conocer con qué cartas políticas pueden jugar esas poblaciones para defender sus intereses es muy importante. Es evidente que la actual profesora de la Universidad de Alicante no podía ni quería predecir el porvenir, especialmente de los proyectos marroquí y español para que esos puertos magrebíes, que son «espacios-frontera hispano-marroquíes», sean también puentes entre Marruecos y la Unión Europea. Pero ha ilustrado, con objetividad e inteligencia científicas y con evidente simpatía y ameno estilo, la realidad actual, que ella aconseja (pág. 19) seguir poniendo al día con sólo poner al día sus abundantes cuadros estadísticos y anexos documentales (págs. 167-237). El listado de las «Principales publicaciones periódicas» (págs. 277-279) es particularmente interesante.

Es un libro de historia reciente, pero también de síntesis inteligente de un siglo de historia hispano-marroquí, en ese espacio magrebí.

Mikel de Epalza

RAMIREZ, Angeles, *Migraciones, género e Islam. Mujeres marroquíes en España*. Madrid, Ediciones Mundo Arabe a Islam. Educación y Cultura. Agencia Española de Cooperación Internacional. 1998, 380 pp.

El libro es imprescindible por su contenido: la migración femenina, de indiscutible



actualidad; por la perspectiva de género desde la que afronta el tema; por el rigor con que lo trata; por el planteamiento, con hipótesis de partida que va demostrando con las matizaciones y retoques que la propia investigación le va descubriendo y dando respuesta a los interrogantes que la profundización del tema le va ofreciendo.

Es importante por la contribución que supone a un tema y en un momento, en que la inexperiencia nos fragiliza para afrontar algo que se nos ha venido encima y para lo que carecemos de recursos que nos permitan ir dando respuesta a nuevas cuestiones, y porque nos va desvelando, en un desarrollo perfectamente entrelazado, aspectos constitutivos de la ideología islámica que fundamentan y explican lo que desde fuera no se entiende, manteniéndose de este modo equidistante, tanto del tópico —el Islam es siempre la clave interpretativa— como del olvido o alejamiento del mismo, para explicar las relaciones entre Migraciones y Género, cuya vinculación es inequívoca. Trasladando este concepto a la emigración, sería el “bagage cultural” en cuanto se refiere a lo que llevan consigo. En este sentido el Islam no determina más de lo que pueda hacerlo la cultura de origen en cualquier colectivo inmigrante.

El título, recoge y expresa el contenido, en su totalidad, y le da armonía al conjunto. Aunque el núcleo es: las mujeres marroquíes y su peripecia migratoria, llega ahí a través de análisis previos que dan las claves para captar el sentido y significación profundos de esta ausencia-presencia, y toman relevancia los aspectos comunes, que por comunes, no les damos mayor importancia que la estadística, en ocasiones.

Se analiza e interpreta el proceso migratorio femenino, así como el cambio que éste imprime a las relaciones de género, en un sistema fuertemente controlado. También el itinerario recorrido para estudiar las relaciones entre el sistema de estratificación de género imperantes en Marruecos y la movilidad femenina en dos momentos: contexto de salida como espacio de emigración y el contexto de llegada, como inmigración. El punto de partida es que el proceso migratorio marroquí refleja el sistema de estratificación de género en un proceso generalizado.

La conclusión más globalizante sería la relativización del cambio. Se vive entre la fidelidad y la transgresión; la suspensión de ciertas restricciones culturales y las “transgresiones” (aceptadas) al sistema de estratificación de género no constituyen una ruptura, y ello es válido en los dos momentos analizados, en la salida y en la llegada. Sin embargo, los cambios inducidos por la emigración pueden llegar a ser decisivos a medio plazo, ya que afectan a los pilares sobre los que se construye el sistema de estratificación de género. Quizá sea este aspecto el más interesante, porque nos desvela aspectos, actitudes, comportamientos culturales que nos clarifican y alientan en este reto de la interculturalidad al llevarnos a la evidencia de que lo inmutable es mutable.

El libro basado en su Tesis Doctoral, mantiene su estructura en tres partes y 12 capítulos cada uno de los cuales contiene una serie de apartados y subapartados perfectamente secuenciados, que facilita su lectura y comprensión. La movilidad femenina en ese movimiento bipolar: salida de... llegada a..., sólo puede ser analizada e interpretada desde las claves específicas del contexto en el que se produce, de ahí la estructura del libro: Primera Parte: *Contexto de salida*. Segunda Parte: *El largo camino hacia España: la historia de la emigración*

femenina marroquí, núcleo del libro. Tercera Parte: *El asentamiento: cambios e inmigración*.

La Primera Parte, analiza el *Contexto de salida*. El ámbito jurídico y la Ideología nacional conforman los dos primeros capítulos. La posición de la mujer en Marruecos definida por la vinculación con un hombre, da pie para establecer una tipología según este criterio y el mercado de trabajo y trabajo exterior, como otra vinculación de mucho peso y los sectores y condiciones de trabajo, se tratan en sendos capítulos, culminando esta primera parte con el discurso de las propias mujeres cuando ya son inmigrantes, así como una clasificación o tipología de las mujeres inmigrantes sobre estos mismos criterios y los mecanismos y causas que posibilitan la salida. Concebida y analizada esta movilidad como proceso, no basta el estudio en un momento concreto, sino que es necesaria la perspectiva que va dando claves para entender la formación del proceso migratorio como "hecho social."

De ahí que en la Segunda Parte, *El largo camino hacia España*, se analicen los antecedentes de la emigración a España, para poder comparar sucesos en el proceso evolutivo, mediante una serie de etapas. El proceso migratorio, de la misma forma que el trabajo exterior, resulta contradictorio al modelo islámico, sin embargo se legitiman ambos, por los bienes que reportan. Dos aspectos a destacar: la emigración exterior, (no así la interior) es considerada como un proyecto de vida ideal por el acceso que proporciona al dinero, prestigio social, relación con otras realidades, etc. La emigración femenina está definida por la vinculación que la emigrante tenga con un hombre, vinculación que señala su origen, pero la llegada a España tiene unas diferencias estructurales con las anteriores, es masivamente autónoma, dispuesta a ingresar en el mercado de trabajo; se produce fuera de los marcos tradicionales: no son marginales ni se marginalizan por la inmigración; la existencia de las fronteras; situaciones que vienen marcadas por los cambios en las condiciones de vida.

La caracterización del contexto de llegada, con el objeto de ver qué papel tienen las instituciones y la especificidad que ofrece este ámbito en el proceso que lo va a condicionar en parte. Y finalmente en el cuarto capítulo, "La movilidad generizada", se aborda de lleno el aspecto descriptivo-cuantitativo según etapas, para ubicar numéricamente la población femenina en estudio, así como las diferencias por género en los procesos migratorios. La confrontación entre los dos contextos permite ya perfilar algunos cambios producidos durante la inmigración y su significación como factor de cambio.

Tema éste que se afronta en la Tercera Parte y en torno al argumento principal, que es: *El cambio que se experimenta en las relaciones de género en la ya concreta comunidad de Madrid*. La residencia en el país de inmigración afecta de modo considerable a la construcción de los modelos "hombre" y "mujer": el marco jurídico, el trabajo exterior femenino bien remunerado; el contacto con otros modos de vida, las relaciones sociales tan diferentes y el impacto de la emigración femenina en su entorno más inmediato, se constituyen en el gozne, en torno a los que giran los cambios que se producen, con matices diferenciados si el proyecto migratorio es dependiente o independiente. Los distintos tipos de trabajo y su mayor o menor legitimación. El cambio en las relaciones sociales: familia, redes y control social en relación con el entorno, aporta un conocimiento esencial para una mejor comprensión y valoración de la inmigración. Es curioso y significativo por su peso, el factor económico en la legitimación de ciertos comportamientos. La caracterización de las actividades económicas,



y el servicio doméstico, como el más destacado, resulta altamente ilustrativo. Son los aspectos que se analizan en tres capítulos.

En el fondo, las relaciones de género siguen estructurando la comunidad marroquí en el extranjero. Pero a nivel superficial se constata que en España estas relaciones de género son diferentes. Se da una adaptación a la situación, pero en la medida que la ideología que la sustenta incorpora elementos nuevos como propios: trabajo fuera del hogar, la autonomía femenina respecto a la movilidad espacial...etc, el sistema de relaciones de género necesariamente va modificándose, pero lo esencial permanece. Parece que el sentido profundo de la emigración femenina sigue manteniendo como proyecto ideal encontrar un hombre y asumir su proyecto, no construir juntos el proyecto a vivir. Para legitimar esta emigración-inmigración ante el entorno, la mujer ha de realizar una doble tarea: no sólo mejorar la calidad de vida del entorno de donde ha salido, sino que al mismo tiempo tiene que llevar a cabo el proyecto de vida para el que fue educada, según la ideología o cultura islámica; la medida del éxito está ahí, en cumplir con el proyecto tradicional, al que se está obligada. No obstante habrá que reconocer que la inmigrante no se enfrenta a este proyecto de igual manera que la mujer que no ha salido de su tierra: básicamente, las exigencias ante la situación familiar o de pareja serán mayores, y su posición para conseguirlo más fortalecida.

La autora concluye:

* No hay cambio estructural en el sistema de estratificación, pero han tenido lugar otros cambios que pueden incidir en importantes transformaciones y preparar el camino a éstas.

* La Inmigración produce cambios necesariamente porque la base jurídica en la que se apoya es distinta:

- Asunción de los inmigrantes de un sistema legal que promulga la igualdad sexual.
- Su relación con el trabajo externo se modifica: adquiere valor económico y social, da prestigio.
- El control social se debilita, desaparece el carácter prohibido de ciertas prácticas, otorgándoseles nuevos valores que introduce variaciones en la valoración de la misma práctica en Marruecos;

En suma, la migración no libera, pero ayuda a crecer (sobre todo la emigración exterior). El gran cambio quizá consista en que pueden escoger .

Carmen Bel Adell